

PRETEXTOS

De Andrés HENESTROSA

Tomábamos por tristeza y por pobreza. Porque el alcohol modifica la realidad, casi siempre mejorándola. No en balde el hombre inventó el vino para el olvido de sus desventuras. No en balde aquel poeta, señor de las desdichas, aconsejó estar ebrio siempre: de amor, de placer, o de poesía, pero estarlo siempre. Así mis amigos y compañeros de escuela de aquellos días de 1930, cuando el artista era un músico y poeta ramplón, y el dechado político y hombre de fortuna, era un risible bribón. Y nosotros que veníamos de los grandes autores de aquí y del mundo, éramos los enemigos naturales de los triunfadores fáciles, de los artistas espectaculares, sueltos los cabellos al viento. Y nosotros que veníamos de una derrota, teníamos pleito casado con aquellos que sin arriesgar nada, se habían encaramado en los puestos, y gozaban de fama mal habida. Eso explica nuestras riñas callejeras, nuestro aparente pitorreo de los profetas.

Uno de aquellos días irrumpimos en "El Paraíso", y allí nos quedamos hasta la madrugada, vociferando contra el gobierno, contra las autoridades universitarias, sólo por el cargo autoridades; declamando poemas de nuestros autores preferidos, llamando a nuestra mesa los manes de los grandes escritores de América. Del grupo inicial sólo quedamos unos cuantos, que yo trataré de recordar: el joven hábil hombre de aquel tiempo, Alejandro Gómez Arias; Ciriaco Pacheco Calvo, Raúl Cordero Amador y yo. Era esa hora intermedia en que ya hubiera trenes eléctricos y camiones que nos pudieran conducir a nuestras casas. Y Raúl Cordero Amador, que era profesor y por tanto hombre rico, ofreció pagar un automóvil que nos repartiera, dando además a dos de nosotros unos centavos con qué defendernos al día siguiente. Paramos un automóvil. Llovía a cántaros. Apenas se puso en marcha, el chofer preguntó ante nuestro asombro, si primero iríamos a la calle de Parras, donde vivía Raúl. Cuando Cordero bajó frente a su casa, tras de pagar la totalidad del recorrido, lo premié con cinco pesos. De nuevo en marcha, el chofer preguntó si iríamos a Tacubaya a casa de Gómez Arias, por estar ya encaminados. Y allá fuimos. Alex, a la manera de Raúl, le obsequió con otros cinco pesos. Quedábamos en el automóvil Ciriaco y yo. Supongo, dijo entonces, que primero iremos a dejar al señor Pacheco Calvo, a menos que usted, Andrés, no duerma en su casa esta noche y lo haga por acá cerca. Y habiendo convenido en que iríamos a dejar a Ciriaco nos encaminamos a la Colonia Cuauhtémoc. Pacheco Calvo puso en sus manos otra gala. Y cuando nos quedamos solos, el hombre, ya en un tono más familiar, me preguntó si de veras iba a quedarme en la calle de Moctezuma o si por mera discreción no había dicho donde quería ir. Vamos a Moctezuma, le dije. Cuando llegamos, hice el ademán de premiarlo con unos centavos, pero me contuvo diciéndome que no me apurara, que no se trataba de eso.

Yo no podía despedirme de aquel sujeto sin indagar cómo es que nos conocía tan cabalmente.

Y así lo hice.

—Yo leo los periódicos, y con frecuencia paso por las puertas de la Universidad y de la Escuela de Leyes. Por eso conozco a Gómez Arias, el líder de la reforma universitaria; a Cordero Amador, maestro y amigo de ustedes; a Pacheco Calvo que hace dos años ganó un concurso de oratoria y es orador del vasconcelismo. En cuanto a ti, aunque ya no me recuerdes, fuimos compañeros en la Prepa, y te sigo por cafés, calles y barrios de la ciudad, y a veces veo tu nombre en los periódicos...

—Y ¿cómo es que te llamas? le pregunté entonces. Y con la mayor tranquilidad del mundo, como quien dice palabras sencillas —pan, paz, sol—, me respondió:

—Me llamo Alfonso Reyes.

Y de un solo golpe entendí por qué aquel amigo sabía tantas cosas: le bastaba el nombre, porque no hay que olvidar que allende toda etimología, Alfonso es sinónimo de sabiduría: Alfonso, el Sabio; Alfonso Reyes...

cana. Los últimos cantos que se escuchan en el libro son los de las aves de la poesía mexicana: el águila simbólica, la golondrina ro-

mántica, el loro tropical, y en vez del canto del cisne modernista, ya en el silencio de las aves, se escuchan "los pájaros de acero de los

estridentistas —dentistas del estro—. La atinada selección de los materiales literarios e históricos, el conjunto armonioso de este ensayo literario-ornitológico, sitúa a Salvador Novo entre los mejores ensayistas mexicanos y como el escritor que mejor conoce la materia.

C. V.

BEATRIZ RUIZ GAYTÁN DE SAN VICENTE, *Apuntes para la historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Junta Mexicana de Investigaciones Históricas. México, 1954. 186 pp.*

Es éste un ejemplo de cómo el empeño generoso y el tema importante no producen, por sí solos, un buen libro. Mal editada y guiada por un criterio casi infantil, la obra de Beatriz Ruiz Gaytán de San Vicente, resulta ciertamente incómoda y generalmente anárquica. El rigor que se anuncia en el prólogo se resuelve, a fin de cuentas, en tímidos pasajes que cuadran más a un coloquio estudiantil que a la plausible ambición de una investigadora profesional. Y a medida que se avanza en la lectura se advierte una extremosa oscilación entre el dato desnudo o pobremente comentado, y la improvisación lírica. Hay algunas aportaciones útiles; pero también numerosos desvíos: oratorios ("...un verdadero templo de las ciencias y las letras, etc."); gratuitos (ese rechazo del "exotismo" ideológico y su correlativa inevitable lucha por "una filosofía mexicana de contenido propio", como si la verdad estuviera sujeta a las disposiciones del artículo treinta y tantos constitucional); o ingenuos (esa apasionada defensa de las "chicas" que estudian). Un no desusado acopio, en suma, de indisciplina mental, penuria tipográfica y buenas intenciones.

J. J. R.

JOSÉ LÓPEZ BERMÚDEZ, *Teoría de la Palabra. Editorial Mar. México, 1954. 233 pp.*

A pesar del ambicioso título, esta obra no constituye, ni con mucho, una "teoría". Es un ver al hombre, en una curiosa sinécdoque, por la palabra. La diferencia entre una persona y un chimpancé es el verbo; el eslabón perdido, la palabra. "Tomar la palabra —dice el autor—, es tomar posesión de la vida." El libro se distingue por ser ameno; pero el tratamiento frívolo, superficial, de algunos temas de suma importancia en disciplinas tan capitales como la filosofía, la antropología, la ciencia natural, etc., dejan la impresión de un querer escalar el Everest con un salto. El libro está integrado por quince capítulos. El título de algunos de ellos —*Tomar la palabra, Palabra y Universo, Palabra y educación*— nos hace ver ya qué tipo de obra es. Colocar a la palabra junto a la verdad, la elocuencia, la voluntad, la fantasía, hace que, de las relaciones entre el verbo y el término a que se une, surjan más palabras: frívolas, algunas veces, interesantes, otras; pero casi siempre de buena presencia y, si se permite decirlo, bien educadas.

No es un texto que esté escrito con tecnicismos que den aridez al tema. López Bermúdez nos entrega a veces espléndidas frases como esta: "Aquel naranjo, en medio de un patio de escuela, debe haberse sentido como un niño más: un niño cargado de naranjas."

E. G. R.

ma de las letras hispanoamericanas. Anderson Imbert divide su trabajo en tres grandes períodos: 1) la colonia: aparecen los primeros cronistas: Colón, Cortés, Díaz del Castillo, quienes descubren un nuevo valor humano, lo no-europeo; los primeros cronistas no son hombres de letras, pero poco a poco son reemplazados por cronistas cultos. En la poesía, el influjo predominante es el gongorismo; innumerables poetas participan en concursos, pero la calidad de la mayoría es mínima; la gran figura de la época es Sor Juana. El ciclo se cierra con las ideas revolucionarias de Francia y el neoclasicismo. 2) Cien años de república: el liberalismo orienta la literatura hacia los valores vitales. El romanticismo predomina en la mayoría de los autores de este siglo, siglo que termina con la plenitud del modernismo iniciado por Darío. 3) Época contemporánea: se encuentran dos tendencias antagónicas: realismo y antirrealismo. El caos de los "ismos" llega a su máximo y luego declina. Apéndice: crónica de la generación desolada, escritores nacidos de 1910 a 1930. Anderson Imbert subordina a la cronología las etiquetas ordenadoras de nacionalidad, géneros, escuelas, temas. Aspira a redactar una historia de la literatura-literatura. Aunque atento a los valores estéticos, no descuida los cuadros históricos en que florecieron los escritores. Renuncia, además, a las notas y apéndices comunes a los manuales históricos para dar cabida a su juicio crítico: ágil, conciso, nervioso, sin partidismos extraliterarios, que realza y da nueva vida a las grandes figuras que merecen tomar parte en la historia de la literatura universal, y a otros escritores, que aunque malogrados, son ejemplos de la inferioridad cultural que nos afligía en el pasado. Las fechas de nacimiento y muerte y los títulos de sus principales obras acompañan el nombre de cada escritor.

C. V.

SALVADOR NOVO, *Las aves en la poesía castellana. Letras Mexicanas, 10. Fondo de Cultura Económica. México, 1953. 144 pp.*

Salvador Novo después de ejercitar con éxito diversos géneros, nos ofrece ahora este ensayo literario en que se aprecian su estilo impecable y su fino humor. Las palabras preliminares son una breve memoria de las aves canoras o mudas que han adornado como símbolos o imágenes neotécnicas la historia de la cultura. Remonta el vuelo con las aves de Aristófanes y termina diciendo que como en nuestros días ya no hay en la ciudad más pájaros que el avión y la radio, irá en busca de aves verdaderas a las páginas de la poesía castellana. El primero en caer en su lazo es el ruiseñor que deja oír su melodioso trino en la poesía del renacimiento. Sigue la paloma que Berceo compara con la Virgen María. "De todas, sultán, madrugador y realista, es el gallo quien ama más a la ardiente y casual manera del Arcipreste". Pocas aves encuentra en la poesía realista del Romancero. Las aves son instrumentos de vituperio y alabanza de los poetas cortesanos; ya comparan a su enemigo con el grajo, y a su protector con el gerifalte. El cisne es el emblema nobiliario de los poetas. Quevedo resulta ser tan anticulto como antipájaro. Hasta las gallinas en la soledad del poeta vegetariano don Francisco Sánchez Barbero son poéticas. El padre Landívar describe al colibrí en su *Rusticatio mexi-*